Discurso

pronunciado

por

Adolfo Saldías

en representación del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires
y con motivo
de la inauguración de la estatua de Juan Bautista Alberdi
en la ciudad de Tucumán

—

24 de Septiembre de 1904

LA PLATA

—

TALLER DE PUBLICACIONES

—

1904

F2846
A6S3

Bernard Moses

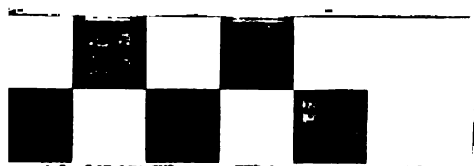
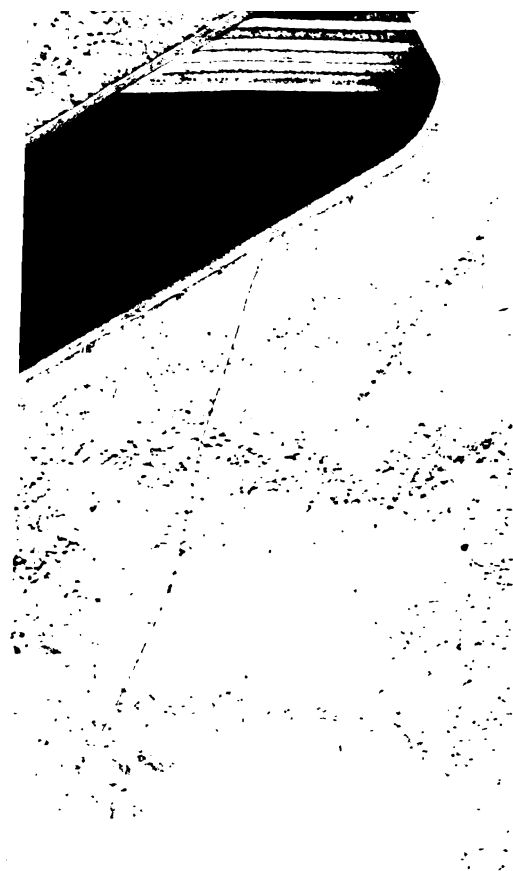
UNIV. OF CALIFORNIA

LIBROS DEL MISMO AUTOR

—

Ensayo sobre la Historia de la Constitución Argentina	1	volumen
Los Minotauros	1	»
Los números de linea del ejército Argentino (segunda edición)	1	»
La Eneida en la República Argentina, traducciones de Velez Sarsfield y de Varela, publicadas con introducción y estudio, en colaboración con el general Domingo Faustino Sarmiento	1	»
Civilia	1	»
La condition des étrangers résidents	1	»
Historia de la Confederación Argentina (segunda edición)	5	»
Cervantes y el Quijote	1	»
Bianchetto (La patria del trabajo)	1	»

EN CIRCULACIÓN POR ENTREGAS

Papeles de Rozas	2	»

al inclinar sus ramas sobre esas vírgenes de nuestra flora, cuyos senos producen el perfume sin otro contacto que el de los céfiros de la tarde....

La estatua erigida á Alberdi en este Tucumán histórico, donde él y Monteagudo nacieron, y á la cual ha dado vida en los siglos la mano de la artista argentina, no es la obra de la complacencia que busca por este medio halagar una pasión contemporánea. Es la obra del consenso de la Nación. Es algo más; es una conquista del pensamiento libre sobre las preocupaciones de la escuela autoritaria que en historia y en letras y en gobierno ha predominado muchos años en nuestro país, excomulgando á cuantos no profesaban su idiosincrasia absolutista.

El tiempo es hacha para las preocupaciones y para los rencores que ni moralizan ni enseñan, ni sirven para nada, si no ha de ser para deprimir á

los que los alimentan. En pos de estos viene una generación que balancea los hechos de sus pensadores, de sus políticos, de sus prohombres; señala con mano piadosa y corazón levantado los jirones dejados en la peregrinación larga del esfuerzo, y erigida en tribunal del tiempo ya pasado, pronuncia sentencia definitiva, más infalible que ninguna otra, porque de ella solamente á Dios y á la historia puede recurrirse.

Es el caso de Alberdi.

Alberdi perteneció á una generación fuerte que sintió con el corazón de la patria y que lidiando en campos opuestos, á través de reacciones y de represiones cruentas, acreditó hasta en sus errores el amor consciente á la libertad.

Esteban Echeverría, este espíritu selecto del socialismo argentino, señaló á Alberdi á la consideración pública en su DOGMA SOCIALISTA, como señaló á otros jóvenes que en el año de 1837

formaban con su acción antemural contra los menguados desfallecimientos y los indiferentismos cobardes que incuban gobiernos fuera de quicio, entre sombras funestas donde hasta la dignidad se pierde.

La «Asociación Mayo», fundada por Echeverría á la faz del gobierno fuerte contra el cual avanzaba la ola revolucionaria, fué el centro donde Alberdi y los jóvenes de su época empezaron á propagar las ideas que debían llevarlos á la cumbre en la hora en que los Argentinos, deponiendo las armas fratricidas, levantasen sobre las ambiciones y los antagonismos la Constitución Federo-Nacional, á cuya sombra todos podían servir como buenos la libertad y el progreso de su país.

El teatro era diminuto en relación á los de la Europa donde se suscitaba el absurdo derecho de los reyes al derecho imprescriptible de los pueblos; pero era

hermoso y de severa enseñanza, por el contraste de las sombras que proyectaba la revolución sangrienta que se iniciaba y las claridades del pensamiento que irradiaban los jóvenes que, con Alberdi, trabajaban la organización del país en la «Asociación Mayo». Por obra de la idea que Alberdi hizo suya valientemente, se dibujaban los contornos institucionales de la Nación Argentina que había proclamado el Congreso de Tucumán y sellado ante el mundo el cañón de Ayacucho.

En Alberdi y en los que lo acompañaban vivía encarnado el sentimiento de la patria Argentina, una é indivisible, republicana y fuerte; que las caricias del suelo nativo y el ensueño de una América grande para todos conducía en tal sentido los impulsos de su sangre y de su acción eficiente; de una patria con un gobierno derivado de la enérgica manifestación de su vo-

luntad y de su accidentado aprendizaje político; con instituciones que favoreciesen la participación del ciudadano como entidad co-gobernante y controladora de la acción de los poderes públicos; con leyes protectoras del trabajo y de la libertad, en su concepto más humanitario, para poblar la República con hombres de todas las latitudes y para que de este esfuerzo común y nuevo en esta parte de América surgiese en los tiempos grande, próspera y feliz la Nacionalidad Argentina, que por entonces era una promesa para nuestros estadistas y pensadores; con la visión del porvenir por delante, y la idea fija de la reforma en la conciencia, á fin de hacer desaparecer hasta los vestigios de la sociabilidad política que nos ató tres siglos á la monarquía vegetando en la ignorancia, el fanatismo y la pobreza propios de pueblos primitivos, y adaptar á nuestro medio todas las conquis-

tas de la ciencia moderna cuya trayectoría sigue y seguirá su curso luminoso en beneficio de la humanidad que á su impulso anda.

Echeverría había escrito en su DOGMA SOCIALISTA: «La lógica de nuestra historia está pidiendo la existencia de un partido nuevo cuya misión es adoptar lo que haya de legítimo en uno y otro partido argentino, y consagrarse á encontrar la solución de todos nuestros problemas sociales con la clave de una síntesis más nacional que, satisfaciendo todas las necesidades, las abrace y las funda en su unidad.» Y Alberdi, su cooperador principal en esta obra, expuso en el DOGMA la nueva doctrina, que por entonces aparecía como una extravagancia al sentir de las preocupaciones políticas que la condenaban sin conocerla. Desde entonces dedicó sus más nobles afanes al estudio serio y profundo de nuestras cuestiones socia-

les, subordinadas al régimen de gobierno que constituía el desideratum de los pensadores más adelantados después de los fracasos institucionales de 1819 y de 1826.

En Montevideo como en Chile vivió con estas ideas cada vez más arraigadas en su mente, hasta que llamado nuestro país á constituirse presentó toda la doctrina en su gran libro BASES PARA LA ORGANIZACIÓN ARGENTINA; el estudio más completo y avanzado de derecho administrativo, de ciencia social y de economía política que hasta entonces había aparecido en nuestro país. «La República Argentina, escribía Alberdi en este libro, concordante con lo que había escrito en el DOGMA SOCIALISTA en el año de 1837, no ha copiado, como México, su constitución á los Estados Unidos; se ha dado un derecho propio asimilando á él una parte del derecho norte americano. Des-

conocer estos antecedentes de nuestra Constitución, es basar nuestra jurisprudencia política en un principio incompleto y absurdo, privarla de sus luces naturales y precipitar la política en un falso camino.» Condensación de estas sus ideas fué el proyecto de Constitución Federo-Nacional que subsiguientemente presentó. La constituyente del año 1853, al aceptarlo con modificaciones, hizo suya la idea fundamental de Alberdi declarando que el pacto interprovincial del año de 1831 «era lo que determinaba el régimen de gobierno que debía adoptar la Nación». Así terminó en el terreno de la legalidad y del derecho el motivo de la contienda sangrienta que durante largos años desoló á la República. Esta grande página de nuestra historia constitucional la llena Alberdi por completo.

Pero el negro proceso de la guerra civil se reabrió cuando á la Constitu-

ción Nacional un partido político de Buenos Aires respondió con la Constitución local del año de 1854, separándose administrativamente esta provincia de las demás. Alberdi puso sus poderosos prestigios intelectuales al servicio de la causa de la Nación, que era su propia causa, la que venía sosteniendo él solo, como pensador inicial año tras año, desde el año de 1837, cuando ya comenzaban á combartirlo los que no tenían más programa político que su propia «restauración» sobre los auspicios, á la verdad atrasados y tristísimos, de la Constitución del año 1826.

Fué este un duelo por la patria, largo y terrible, al fin del cual Alberdi recogió la palma de los iniciadores.

A través de este duelo, cuando de las puntas de su pluma educadora surgían chispas que herían las preocupaciones y los propósitos partidistas, por-

que se inspiraba en los intereses transcendentales de la República, fué el blanco obligado de sus temibles adversarios, precisamente porque ninguno se había adelantado más que él en la propaganda de las ideas que después se incorporaron á nuestra legislación y á nuestra sociabilidad.

Yo he bosquejado las recias peripecias de este duelo al publicar las cartas en las cuales se encuentra el pensamiento transcendental de Alberdi, durante la época de nuestra guerra civil, cuando los principales dirigentes de la revolución contra Rozas no tenían otra solución institucional para sustituir al gobierno fuerte que la regresión al mecanismo político de 1826; como con amargura lo dijo el general Paz en sus MEMORIAS, y como lo expresó el doctor Velez Sarsfield en la Legislatura de Buenos Aires, pesaroso de haber contribuído á la dislocación

nacional votando esa Constitución que todas las provincias rechazaron.

No sorprende, pues, que Alberdi fuese acusado como enemigo de Buenos Aires, durante la época en que esta provincia, gobernada por las influencias excluyentes que derivaban de las que en 1826 habían fracasado, se segregó políticamente de las demás provincias. Eran ecos exacerbados contra el pensador inicial, del gran duelo que se inició en la emigración en Montevideo, y contra los cuales Alberdi en su ancianidad protestaba, diciendo que al debatir con los hombres de Buenos Aires la «cuestión del gobierno», en uso del derecho de todo argentino amante de la integridad de su patria, si algo mostraba era su cariño al centro guerrero, legislador é inicial de la República, como lo demuestran dos hombres respecto de la mujer por la cual se baten....

La política exterior iniciada por el gobierno que se consolidó después de la batalla de Pavón, determinó la continuación de ese duelo entre Alberdi solo y ese gobierno y la prensa que lo servía. A combatir esa política, en nombre de las conveniencias de las Repúblicas del Plata, tal como él las entendía, frente á frente al predominio que pretendía aumentar el Imperio del Brasil, contrajo Alberdi su esfuerzo en publicaciones notables que ilustraron la opinión dentro y fuera del país.

Levantándose sobre las contemporizaciones especulativas que habrían quebrado su pluma de pensador independiente y genial, estudió esa política á partir del derrocamiento del gobierno constitucional del Uruguay consumado, según él, por los auspicios de la Argentina y del Brasil y como medio para atraer á aquel país á la alianza contra el Paraguay: — puso en relieve

las miras de tres siglos del Portugal y del Brasil de ensanchar sus territorios hacia el Sud, apoderándose de la hermosa República Oriental, sea por la guerra como durante la ocupación y anexión de 1817 y de 1821, sea durante la paz por un sistema de apropiación lenta de la tierra limítrofe, lo que le permitía adelantar sus fronteras sobre esa región feraz y estimular los belicosos sentimientos de los habitantes desde su provincia de Río Grande, para mantener en convulsión á los partidos políticos que allí actuaban; y fustigó á los gobiernos que en beneficio del Imperio hacían la guerra á la República del Paraguay.

Esta tarea absorbió, por entonces, todos sus momentos: sus ideas giraban alrededor de las miras absorbentes del Imperio y de la situación precaria á que la Argentina quedaría reducida si sobrevenían complicaciones siempre proba-

bles en el curso de una guerra que tenía, por lo que al Brasil se refería, todos los contornos de una conquista. Y dentro de este círculo, tanto cuanto deprimía al Imperio y á los Gobiernos aliados, levantaba al Paraguay en el concepto de que esta república sostenía con su independencia la causa de la justicia y del derecho atropellados. Y á través de este debate recio, Alberdi no alcanzó que si bien la opinión pública habíase pronunciado elocuentemente contraria á la guerra, existía una razón pública que imponía aceptar los hechos consumados cuando la bandera argentina recibía los fuegos de las huestes del mariscal López, y cuando la dignidad nacional quedaba por tal circunstancia comprometida en el plan de la política gubernativa de eliminar un autócrata que pretendía imponer á cañonazos lo que pomposamente llamaba el equilibrio americano.

Los diarios que servían á la alianza con el Brasil y que con ese motivo lapidaron á Alberdi acusándolo de traidor á la patria, olvidaban, á su vez, que no hubo jamás en nuestro país guerra más impopular que la del Paraguay, principalmente por la alianza con el Brasil; que los principales hombres que en esa época figuraban fueron contrarios á ella, precisamente por las razones que Alberdi aducía, como ser Urquiza, Velez Sarsfield, Alsina, López, Ugarte, Tejedor, Irigoyen, Quintana, etc.; que las provincias la rechazaron, sublevándose íntegras las divisiones que á ella se destinaban, y que momento hubo en que se desesperó de poder llevarla adelante, tan fuertes eran las reacciones que provocó y que el gobierno se vió precisado á ahogar con energías marciales.

Lo que demuestra que tal acusación contra Alberdi se inspiraba en la pa-

sión enconada contra el pensador independiente, es que, quienes la formulaban, eran los mismos que habían hecho causa común con los prohombres argentinos que luchando contra Rozas interesaron el ánimo y el apetito de los gabinetes de Francia y Gran Bretaña, con MEMORIAS por ellos redactadas acerca de la conveniencia de segregar las provincias de Entre Ríos y Corrientes para formar con éstas un Estado independiente bajo la protección de aquellas potencias. ¿Cómo se llama este hecho en el lenguaje universal del sentimiento patriótico?

Y lo que llama la atención hoy, después de cuarenta años de haber Alberdi presentado á sus detractores empeñados en destruir una República sin garantizar positivamente la libertad é independencia de los países interesados en la alianza contra aquélla, ni asegurar definitivamente las fronteras

argentinas, ni consolidar en el tiempo la paz y la prosperidad de las repúblicas del Plata, pero ensanchando el territorio y afianzando el predominio del Brasil, es que perduran más amenazadores que antes los problemas que dichas repúblicas están llamadas á resolver no sé si por la diplomacia ó por las armas;—el Paraguay empobrecido, anémico y sometido á la influencia del Brasil; el Estado Oriental desangrándose como un héroe de Homero, pero inutilizándose para el progreso, porque tiene á su flanco el arsenal secular de Río Grande que se le brinda para que se destroce, esperando que la fatiga le haga estirar los brazos á la soñada solución del año 1821; la Argentina expuesta á todas las contingencias de estas influencias siniestras, de estas convulsiones especulativamente estimuladas, á pesar de que los tratados y la necesidad de

asegurar en el porvenir su creciente desarrollo, justificarían su empeño en acabar para siempre en nombre de la civilización con la vieja política, absorbente y colonial, que el Portugal siguió respecto de ellas y que el Brasil ha continuado y continúa: — el Brasil engrandecido, predominante, esperando el momento — como en 1825 — de imponernos lo que su diplomacia y su constancia vienen trabajando.

Por lo demás, Alberdi rechazó con indignación la acusación de que era objeto, en panfletos vibrantes que constituyen la mejor defensa de sus ideas. «Ya sabrá V., escribía en 1865, que se han puesto en campaña dando mi nombre á un escrito que no lo lleva y haciéndome responsable de una traición por motivos viles. Necesito salir de mi abstención. París está lleno de las fantasías de los brasileros. Se creen los

señores de nuestro país, y no precisamente por sus armas y valor, sino por su dinero. Todo el provecho de esta guerra es para el Brasil. «Belgrano, en 1810, no fué al Paraguay contra el Paraguay; fué allá para atacar á los realistas. Sus plagiarios van á atacar al pueblo que abrazó después Belgrano, ¿y en favor de quién? En favor del pueblo «portugués», de raza, que en 1827, cuando San Martín escalaba los Andes, ese pueblo portugués incendiaba, saqueaba y convertía en escombros veinte pueblos argentinos que serían hoy el florón de la provincia de Corrientes. Y á esa provincia le hacen un crimen de que prefiera al Paraguay sobre los portugueses!!»

En los días tristes del año 1880, Alberdi interpuso todavía el prestigio de su nombre y de sus luces para evitar la contienda sangrienta, uniendo su esfuerzo al de Sarmiento, después de

un abrazo que entrambos se dieron en nombre de la patria que hoy ilustres los proclama.

El y Sarmiento son los cerebros más vigorosos, los pensadores más fecundos que ha producido nuestro país en los últimos sesenta años. Por él no se derramó jamás una gota de sangre; por su culpa no sobrevino un día de congoja á la República, á la que consagró las mejores primicias de su alma grande y levantada hasta en las horas de amargura que le reservaron sus detractores.

Puedo, pues, decir aquí de él: Desde el año 1830 hasta el de 1880, Alberdi como propagandista de ideas transcendentales, como iniciador de grandes soluciones políticas, como autor de las BASES para la organización argentina, como escritor genial é independiente, ni ha combatido hombres ni gobiernos sino ha sido por la necesidad del

asunto que dilucidaba; ni dispuso de otros influjos que de los de su pluma exclusivamente, con la cual obtuvo éxitos más grandes que los que se obtienen con los influjos inherentes al gobierno, cuando el corazón y la cabeza de los que mandan no reflejan en todos sus actos las aspiraciones de la patria en quien debieran ver el espejismo de la siempre bendita madre que en ellos confía. Vivió absorbido en el estudio de las cosas de su país, lo que le dejó poco tiempo para pensar en sí mismo. Así lo acreditó su expatriación voluntaria en retiro modesto, y su muerte en el sanatorium de Neuilly á donde se refugió solo, triste y pobre....

Vivir y morir así es honrar á la República y merecer la gloria póstuma que el mármol recuerda desde hoy á los venideros, como ejemplo de que el talento empleado en bien de la patria puede conquistar lauros más eficaces

y más transcendentales que los que se conquistan con la espada, que duran, por lo general, lo que tarda otra más fuerte en esgrimirse para desbaratarlos.